

---

## AÑORANZA DE LA TIERRA

---

*Como todos los años  
Otra vez te abandonamos  
Perdido entre las sombras  
Enfermizo y solitario  
¿Renacerás de nuevo?  
No quiero ni dudarlo  
Antes que te des cuenta  
Llegará otro verano.*

*Gloria A. De Lucas Simón*

mos salido de ella por diversas circunstancias, tal vez en busca de un porvenir más próspero y halagüeño, al volver de nuevo, con cuanta alegría y emoción recordamos los paisajes y horizontes entrañables que sirvieron de marco a aquellos años felices del despertar de nuestra vida, y que quedaron grabados indeleblemente en nuestra mente y en nuestro corazón. Horizontes y paisajes ligados, por otra parte, a nuestros primeros afectos y emociones. En el correr de los años hemos descubierto, sin duda, otros horizontes más amplios y disfrutado de paisajes más bellos. Habremos experimentado nuevas emociones y habrán surgido, quizá, otros amores, pero nada ni nadie podrá borrar todo ese mundo íntimo lleno de pureza y encanto que constituye nuestra primera infancia.

Esta añoranza de la tierra natal es sentida de una manera especial por las personas de mayor edad, quienes ante la crudeza del invierno y la carencia de comodidades, se ven obligados a abandonar su patria chica, durante una temporada más o menos larga. Para ellos, el pueblo ha constituido y constituye toda su vida, por lo que se encuentran totalmente desarraigados en cualquier otro lugar fuera de su entorno, tratando por esta razón de reducir al máximo la estancia en la ciudad, y así dicen, oponiendo gran resistencia a su marcha, que "hasta Navidad ni hambre ni frío de verdad", y en febrero, cuando se presiente la llegada de la primavera, urgen su retorno alegando que "en febrero busca la sombra el perro", porque para ellos, los pisos de la capital, aun cuando sean muy cómodos y confortables les parecen una auténtica cárcel y el ambiente urbano les asfixia.

Pero no sólo los mayores añoran el pueblo, también los niños sueñan con las innumerables ventajas y alicientes que les ofrece. Aunque la mayoría ya han nacido en la capital, y ellos no entienden de nostalgias, sin embargo, saben muy bien que la estancia en el pueblo significa poder estar todo el tiempo al aire libre sin la vigilancia constante de sus padres, y éstos, por su parte, se sienten felices de ver como disfrutaban sus hijos sin tener que dedicarles excesivo cuidado.

La juventud es, tal vez, la que menos alicientes encuentra en la vuelta a los pueblos, sobre todo si éstos son pequeños y no cuentan con lugares de diversión, limitándose casi exclusivamente a acudir a ellos durante la celebración de las fiestas patronales, cuando el ambiente se satura de júbilo y animación. Sin embargo, siempre hay honrosas excepciones, como es el caso de la autora de los versos que encabezan este escrito, que saben hacer compatible el bullicio de la ciudad con el tranquilo encanto que les proporcionan sus respectivos pueblos, donde encuentran, con la natural satisfacción, las casas de sus mayores restauradas y debidamente acondicionadas y el atractivo que les ofrece la belleza de sus campos, y el poder disfrutar del contacto con la naturaleza.

Así, pues, en todos los períodos de la vida podemos encontrar numerosas razones y fuertes alicientes para emprender el retorno a nuestra patria chica aunque éste sea breve, retorno que, sin duda, siempre nos reportará grandes beneficios.

A la vista de estas consideraciones podemos afirmar que, aún cuando la inmensa mayoría de nuestros pueblos cuentan en la actualidad con muy pocos habitantes de hecho, somos muchos los que, aun estando habitualmente ausentes, podemos considerarnos habitantes de derecho por la frecuencia y siempre renovada ilusión con que acudimos a la tierra que nos vio nacer.